
TIEMPO DE MEMORIA

Enrique Bocanegra

UN ESPÍA EN LA TRINCHERA

Kim Philby en la Guerra Civil española

XXIX PREMIO COMILLAS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2017

© Enrique Bocanegra Vidal, 2017

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López
Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-387-5
Depósito legal: B. 2.936-2017
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos.....	11
1. El obús soviético.....	15
2. Reclutar.....	37
3. Oficio.....	69
4. España.....	109
5. Matar a Franco.....	139
6. Leyenda.....	177
7. Rebelión.....	199
8. El desertor.....	245
9. El topo.....	283
10. Epílogo: El último viaje.....	311
Apéndices	
Notas.....	333
Bibliografía.....	353
Índice onomástico.....	357
Créditos de las fotografías.....	363
<i>[Fotografías]</i>	<i>[256-257]</i>

A última hora de la mañana del viernes 31 de diciembre de 1937, una caravana formada por cinco vehículos penetra en una pequeña aldea del bajo Aragón, en la depresión entre las sierras de Palomera y Carbonera, llamada Caudé.¹

Tras recorrer la calle mayor, la comitiva desemboca en la plaza de las Abadías, junto a la iglesia. El escaso centenar de familias que constituyen la población de Caudé ha sido evacuado quince días antes y unos nuevos inquilinos han ocupado la plaza: las tropas del general Franco, en concreto la quinta bandera de Falange de Castilla, que intentan protegerse del invierno ocultándose bajo capas y mantas, refugiándose contra las paredes o en torno a las hogueras que crepitan en las esquinas. A diez grados bajo cero, el frío es tan intenso que parece querer morderles las orejas. Cerca de allí yacen los despojos de tres mulas a las que una explosión despanzurró mientras abrevaban en un estanque. Nervioso y confundido, un cuarto animal, el único superviviente de la reata, trota alrededor de los restos de sus compañeros.²

Ese mes de diciembre la guerra civil española cumple quinientos días; las dos partes del conflicto han reunido a unos doscientos mil hombres en un frente de pocos kilómetros al sur de la estratégica región de Aragón y se aprestan a librar la que a la postre será la más agónica e inútil de todas las batallas de la guerra de España: la batalla de Teruel.³

De los cinco vehículos comienzan a descender una docena de hombres cuyas indumentarias civiles destacan entre tanto uniforme. Los soldados más veteranos les identifican ensegui-

da: son periodistas. Seguramente extranjeros, por la deferencia con la que son tratados por los oficiales. A algunos ya han tenido la oportunidad de verlos durante el verano anterior, tanto en la campaña del norte, cuando cayeron el País Vasco, Santander y Asturias, como en el frente de Madrid. Pero se les hace raro encontrarlos en ese sitio, tan cerca del fuego, en primera línea del frente. Normalmente esperan en la retaguardia y llegan una vez que la liberación de las ciudades sitiadas ha sido consumada. Nunca antes. Más de una bronca se ha visto entre responsables de la Oficina de Prensa y Propaganda y periodistas extranjeros por la presión que ponían estos últimos en llegar cuanto antes al lugar de la acción. Pero los funcionarios de Franco tienen razón. En el frente de Madrid, durante el verano anterior, varios periodistas cayeron en manos de soldados republicanos por cruzar la línea del frente en un despiste.⁴

Del primero de los vehículos que forman la columna, un sedán de dos puertas, descienden tres periodistas. Aunque ninguno tiene más de treinta y cinco años, forman la flor y nata del periodismo anglosajón acreditado en el bando insurgente. Son el estadounidense Ed Neil, de Associated Press, y los británicos Harold Adrian Philby, del diario *The Times*, y Dick Sheepshanks, de Reuters. Los tres habían llegado a España a principios del verano anterior y estos pocos meses les han bastado para convertirse en los niños mimados de la Oficina de Prensa y Propaganda del Movimiento. Son los primeros en recibir las comunicaciones, los primeros en ser informados de los movimientos de tropa y los primeros en ser conducidos al frente en cuanto se inicia una ofensiva.⁵

A sus treinta y cuatro años, el norteamericano Neill es el veterano del grupo. Esto y el prestigio del premio Pulitzer ganado unos años atrás lo convierte en el líder del equipo. Aunque había comenzado su carrera periodística en la sección de deportes, pronto se reconvirtió en corresponsal internacional, consiguiendo sus primeros laureles durante la guerra de Abisinia: dos años antes, en 1935, fue uno de los primeros periodistas en entrar en Adís Abeba, acompañando a las tropas italianas que Benito Mussolini había enviado para conquistar el único

país sin colonizar que quedaba en África. Allí, mientras hacía frente a los insectos, el agua contaminada y las raciones de comida del Ejército italiano, los célebres «espaguetis con moscas»,⁶ coincidió con su otro compañero, el británico Sheepshanks. Alto, elegante, retoño de una importante familia de Yorkshire, Sheepshanks se ha convertido en una de las jóvenes promesas de la agencia Reuters, adonde llegó tras completar un excelente expediente académico en los centros educativos propios de su clase social: Eton y Cambridge.⁷ Precisamente en las aulas del Trinity College conoció a Harold Adrian Russell Philby, el tercer miembro del grupo. Más conocido por el apodo de «Kim», en referencia al protagonista de la novela de Rudyard Kipling que transcurre en el Punjab, donde había nacido en 1912, Philby es buen amigo de Anthony Blunt, primo de Sheepshanks. Aunque la guerra española es el primer conflicto que cubre, Philby no ha podido aterrizar con mejor pie. Entre las cartas de presentación que había conseguido antes de salir de Londres, se encontraba una del duque de Alba, el representante de Franco ante las autoridades británicas. Al presentarse en la oficina de Prensa en Salamanca, resultó que su responsable era nada menos que Pablo Merry del Val, hijo del marqués de Merry del Val y tan anglófilo como su padre.

Kim es, además, el hijo de una leyenda: Harry St John Philby. Veinte años atrás, en 1917, éste había formado parte del selecto grupo de agentes de inteligencia que en plena primera guerra mundial contribuyó a levantar en armas la península arábiga contra el dominio del Imperio turco. Mientras en el Hiyaz, en la costa del mar Rojo, Gertrude Bell, Herbert Garland, T.E. Lawrence y otros agentes del Arab Bureau presionaban a los líderes de la dinastía hachemita contra la Sublime Puerta,⁸ a mil kilómetros de distancia, en la fortaleza de Masmak en Riad, St John Philby se convierte en representante del Imperio británico en la corte de Ibn Saud, un líder tribal poco conocido en Occidente pero que lleva una década combatiendo a los turcos y a sus aliados en el Nechd, al que convence para que coordine sus ataques con el esfuerzo de guerra británico en la región.⁹

Al finalizar la guerra, y sin haber cumplido cuarenta años, St John alcanza su máxima cota de poder como uno de los prohombres del Imperio británico en Oriente Medio, primero con el cargo equivalente a ministro del Interior en Irak y posteriormente como jefe de la representación británica ante Abdalá, rey de Jordania. Pero en 1924, disconforme con la política británica en la región, abandona el servicio del Imperio y regresa a Arabia. Gracias a sus contactos con la corte de Riad, St John es el primer europeo en recorrer el desierto de Rub al-Jali y en visitar los cráteres de Wabar. Recoge estas experiencias en artículos y libros que le hacen célebre en Inglaterra mientras que en Arabia accede al consejo privado del ambicioso Ibn Saud, que ya proyecta hacerse con el control de la mayor parte de la península, para lo que necesita asesores experimentados. Para consolidar su posición en la corte, St John se convierte al islam, adopta el nombre de Abdullah, viste como un jeque y mantiene una intensa vida sexual con esclavas y concubinas proporcionadas por el propio Ibn Saud.

No por ello pierde de vista a su familia inglesa, su mujer Dora y sus cuatro hijos, en especial a su primogénito y único varón, Kim. Vela por que reciba una educación acorde con su estatus, acceda a una beca del rey y sea admitido en el Trinity College de Cambridge, donde el propio St John cursara sus estudios. Nadie admira al viejo Philby tanto como su propio hijo. Pero Kim también se siente sofocado por la alargada sombra de su padre. Por un lado necesita estar a la altura de sus expectativas; por otro huir de esa identidad obligatoria. Ambos motivos le han llevado por tortuosos caminos a aceptar la corresponsalía de *The Times* y a encontrarse este día en la primera línea de frente de la guerra de España.

Los rigores y tensiones del frente y las insoportables esperas de la retaguardia han aumentado la complicidad de estos tres personajes, Neill, Sheepshanks y el joven Philby. Las relaciones de poder con el régimen franquista, que corteja abiertamente a los periodistas de medios anglosajones, han reforzado su confianza

y su sentimiento de pertenecer a una elite. Hace apenas cinco años, Sheepshanks y Kim eran simples estudiantes que alternaban en el Matthew's Café o pasaban horas estudiando en la Wren Library del Trinity. Ahora son creadores de opinión para medios de comunicación influyentes en un conflicto sobre el que tiene puestos sus ojos el mundo entero.

Tras dejar el vehículo caminan hacia el sur, dejan atrás el lavadero y bajan por un desnivel del terreno en el camino que lleva a las afueras del pueblo. Buscan una posición desde la que observar el frente. Pero las casas de ese sector están ocupadas por las tropas, que se preparan para el combate: el enemigo está cerca, en el vecino pueblo de Concud, a menos de tres kilómetros.

Los tres periodistas retroceden hasta la plaza del pueblo. Junto a un granero entrevistan a varios oficiales: ¿cuánto tiempo lleváis aquí?, ¿cuál es la situación en el frente?, ¿qué previsiones hay para los próximos días? Los soldados lo reconocen: lo están pasando mal en Caudé. En Concud, el pueblo vecino, se han topado con la elite del ejército enemigo, la 11.^a división de Líster, cientos de hombres bien entrenados y dotados con la mejor equipación. Entre otros, disponen de cuarenta tanques T-26, la joya de la corona del arsenal soviético: fabricados en Leningrado, transportados por piezas a través del mar Negro y el Mediterráneo, vueltos a ensamblar en las factorías de Valencia y Alicante y lanzados a las planicies de Castilla y de Aragón con su carga de destrucción a mayor gloria de la revolución socialista. Precisamente, los tres periodistas recuerdan haber visto dos de estos carros de combate ardiendo el día anterior, cuando la excursión organizada por la Oficina de Prensa y Propaganda los había llevado hasta el puesto de observación nacional en la cumbre de Cerro Gordo.¹⁰

Sin embargo, los soldados nacionales son optimistas. Las tropas de Líster llevan dieciséis días combatiendo sin pausa. Deben de estar ya al límite. Al mismo tiempo llegan excelentes noticias desde otros puntos del frente. Se rumorea que las tropas nacionales han tomado la Muela de Teruel y han hecho ondear la bandera rojigualda. También se dice que una unidad

ha entrado en Teruel por el puente del Turia y establecido contacto visual con las tropas sitiadas dentro de la ciudad. Sólo rumores pero, en cualquier caso, suficientes para animar el espíritu de unos soldados agotados después de días peleando a temperaturas inferiores a los diez grados bajo cero.

Philby, Sheepshanks y Neill, salen del granero y discuten qué hacer ahora: ¿regresar a Zaragoza, de donde han salido aquella misma mañana, y enviar las crónicas, o mejor esperar allí a ver qué sucede? Las próximas horas van a ser decisivas. Nadie quiere ser el último en informar de la liberación de la ciudad. Y nadie les garantiza la autorización para regresar al día siguiente. Esa misma mañana, los oficiales franquistas los han tenido varias horas esperando en la recepción del Gran Hotel de Zaragoza hasta obtener el salvoconducto para partir hacia el frente. No, definitivamente, lo mejor es quedarse allí y aguardar el desenlace que, según todos los indicios, no tardará en producirse.

Neill y Sheepshanks se dirigen hacia el automóvil. Philby, como tiene por costumbre, se queda un poco atrás para hacer una última pregunta cuya respuesta no desea que sus compañeros incorporen a sus artículos. Satisfecha su curiosidad, se retira hacia el centro de la plaza. Los soldados observan, con envidia, cómo escapan del frío y se recogen dentro del vehículo mientras ellos tienen que permanecer a la intemperie, con la escasa ropa de abrigo que pudieron pillar cuando recibieron la orden de abandonar el frente de Guadalajara para trasladarse a toda prisa hacia Teruel, y que complementan rellenando las costuras con papel de periódico, paja y cartón.

De cualquier modo, la presencia de los periodistas es un buen augurio. Si el Estado Mayor los quiere tener tan a mano, ello solamente puede significar una cosa: que Teruel está a punto de caer.

La ofensiva republicana había comenzado, dieciséis días antes, precisamente a unos pocos cientos de metros al sur de la plaza donde se encuentran los tres periodistas. Justo en ese punto,

entre Caudé y el pueblo vecino de Conclud, a menos de tres kilómetros bajando por la rambla de Morales, la inteligencia republicana había descubierto una brecha que hacía vulnerable todo el anillo defensivo meticulosamente organizado en torno a Teruel.

El 15 de diciembre, 77.000 soldados, 3230 vehículos y 2350 caballos, prácticamente una cuarta parte del Ejército Popular de la República,¹¹ se han lanzado sobre la desafiante bolsa que el Ejército de Franco había formado en torno a Teruel desde el inicio de la guerra. El ariete del ataque es la 11.^a división, cuyo jefe y organizador, Enrique Líster, un canterano gallego de apenas treinta años, formado por los rusos en la Academia Militar Mijaíl Frunze de Moscú, sólo ha dispuesto de tres días para preparar esta misión. Aquella madrugada del 14 al 15 de diciembre, mientras observa cómo sus hombres bajan de los camiones y van formando, recuerda que todas las operaciones que ha mandado desde que comenzó la guerra tienen una característica en común: comenzaron siempre de noche. «El combate de noche es el combate del pobre», reflexiona.¹² El enemigo se fortifica bien y se pega al terreno con tenacidad. Para vencerlo, a falta de medios como artillería o aviación, hay que sorprenderlo, atacarlo cuando menos se lo espera y resulta más vulnerable. De noche. Pero para luchar en plena oscuridad también hace falta disciplina y una confianza mutua absoluta: del jefe en los subordinados y de los subordinados en el jefe. Mientras le comunican que las tropas ya están dispuestas, Líster siente fluir esa confianza en los soldados bajo su mando, como demostraron durante el verano anterior en la batalla de Brunete. A medianoche da la orden. En marcha. La instrucción va resonando como un eco amplificado, fila tras fila y unidad tras unidad. Las tropas se ponen en movimiento. En pocos minutos llegan a los altos de Celada, donde se encuentra la primera línea de defensa republicana. Sin detenerse, descienden hacia el llano y se internan en territorio enemigo. En línea recta hacia la yugular que los militares nacionales han dejado al descubierto entre Conclud y Caudé y que alcanzan a las seis de la mañana.

En el bando nacional la sorpresa es total. El ataque es en todos los frentes y la proporción es de diez hombres contra uno, a favor de los republicanos. El mando militar en Teruel renuncia al contraataque, decide concentrar sus tropas en el casco urbano, aprovechar la posición geográfica de la ciudad, asentada sobre un cerro y rodeada de barrancos, y esperar los refuerzos que tienen que llegar de Zaragoza.

A Franco la noticia del ataque republicano le sorprende en Burgos. Pronto interpreta el sentido de la ofensiva: se trata de una maniobra de distracción para descongestionar el frente de Guadalajara, donde el bando insurgente está concentrando sus mejores tropas con un único objetivo final: tomar Madrid. Una jugada que acabaría con la guerra de un solo golpe. Franco se resiste a aceptar el envite, pero la presión republicana sobre Teruel no afloja. El 17 de diciembre, las tropas leales a Madrid ocupan las estratégicas posiciones de la Muela y Puerto Escandón. Dos días después, el 19 de diciembre, las primeras unidades republicanas cruzan el puente de Sagunto y comienzan a fluir dentro del casco urbano de Teruel. Ese mismo día el ministro de la Guerra, Indalecio Prieto, acompañado por el cerebro de la operación, Vicente Rojo, jefe de estado mayor del Ejército de la República, se presenta en el frente.

Pero con Prieto también llega un grupo de hombres que van a llevar la guerra a un nuevo nivel. Son apenas una docena, pero su trabajo es fundamental para la causa republicana. No basta con tomar Teruel; el mundo entero debe saber que las tropas republicanas han capturado la ciudad. No basta con informar que la República ha tomado la ofensiva; hay que contar que éste es el inicio de la marea ascendente que va a llevar a la democracia española a ganar la guerra, el inicio de la derrota del fascismo. Esa información tiene que hacer vacilar el apoyo que los gobernantes de Italia y Alemania le están prestando a los insurgentes desde el comienzo de la guerra. Pero sobre todo debe convencer a las opiniones públicas de Francia e Inglaterra, y a sus clases políticas, de la inevitabilidad de la victoria republicana.

Con Prieto llega la elite de la prensa internacional acreditada ante la República, aquellos hombres que están llenando

de titulares los diarios de todo el mundo con información sobre la guerra española, los norteamericanos Ernest Hemingway y Herbert L. Matthews, el inglés Tom Delmer o el fotógrafo húngaro Robert Capa, entre otros.

Ernest Hemingway, que se encontraba cubriendo la ofensiva a sólo dos kilómetros de la ciudad, ve llegar en dos camiones a los dinamiteros que el Ejército republicano va a emplear para cumplir las órdenes de Prieto de no dejar piedra sobre piedra si hace falta.¹³ Toda una compañía, cada uno de sus miembros cargado con dos mochilas y dieciséis saquitos de explosivos colgados del cinto. Rápidamente se despliegan y comienzan a correr hacia una de las rampas que permiten el acceso a la ciudad protegidos por una cortina de fuego de ametralladoras. Al llegar arriba, se detienen unos segundos para ubicarse y husmear al enemigo, tras lo cual se dispersan por los callejones de la ciudad en busca de sus presas.

El 21 de diciembre, la situación para los sitiados se vuelve desesperada: están completamente aislados. La única comunicación con el exterior es a través de una emisora de radio localizada en las dependencias del Banco de España. El jefe al mando de la plaza, el coronel Rey d'Harcourt, ordena cesar la lucha por las calles y el repliegue a varios núcleos de defensa al oeste de la ciudad. Al sur, en torno a la comandancia se concentra el meollo de la resistencia: 1500 hombres. En el centro de la ciudad, en el Ayuntamiento aguantan unos quinientos soldados. Por detrás, en los conventos de Santa Clara y Santa Teresa y alrededor del seminario se concentran otros 1200. Sin embargo, más que un cuartel aquello parece un campamento de refugiados. El carismático obispo de la ciudad, Anselmo Polanco, ordena abrir las puertas de seminarios y conventos a las monjas y sacerdotes que han sido desplazados por la ofensiva. Pero con éstos también aparecen sus rebaños: cientos de mujeres, niños y ancianos, cargados con mantas, jergones y cestas con comida, que comienzan a apretujarse por esquinas y crujiás, todos con el mismo anhelo: que la guerra, con su cargamento de muerte, hambre y enfermedades, no se detenga y pase de largo.

Al anochecer de ese día, Hemingway le sugiere al oficial de enlace arriesgarse y entrar en la ciudad. Más peligroso le resulta pasar la noche a la intemperie en un espacio lleno de unidades dispersas sin conocer el santo y seña. El oficial acepta y comienzan a recorrer el camino que conduce hasta la primera rampa cuando se encuentran el cuerpo de un oficial, uno solo, abandonado en medio de la carretera. Uno de los periodistas le toma el pulso. Está bien muerto, pero todavía caliente. Seguramente cayó durante la última ofensiva sobre la ciudad y sus compañeros no tuvieron tiempo ni de atenderlo. En una batalla en la que miles de hombres están cayendo en una línea de frente de pocos kilómetros, a éste le ha tocado morir solo. Llenos de piedad, Hemingway y el oficial agarran el cuerpo por brazos y piernas y lo depositan suavemente en la cuneta, para evitar que sea despedazado por los vehículos de refuerzo que acudirán en defensa de la ciudad a la mañana siguiente.

La comitiva sube las rampas de acceso a la ciudad y al llegar arriba comprueban el jolgorio que se ha apoderado de la población una vez culminada la liberación.

Sus vecinos nos abrazaron, nos obsequiaron con vino y nos preguntaron si conocíamos al hermano, tío o primo que estaba en Barcelona, todo lo cual resultó simpático. Era la primera vez que veíamos la rendición de una ciudad.¹⁴

El servicio de prensa republicano se ocupa de que esta crónica, y otras parecidas, lleguen esa misma noche a las redacciones. Al día siguiente los diarios de todo el mundo amanecen con el mismo titular: «TERUEL HA CAÍDO».

Esa misma mañana, tras recibir la noticia, Franco reúne a sus principales asesores en el parador de Medinaceli y toma la decisión que va a cambiar el curso de la batalla: emite su directiva de operaciones para liberar Teruel. Renuncia a sus planes sobre Guadalajara y decide trasladar la potente masa acumulada en este frente al Bajo Aragón, dos cuerpos de ejército completos, el de Castilla y el de Galicia, se ponen en marcha

hacia los páramos helados de Teruel, donde durante los dos próximos meses se decidirá el futuro de la guerra civil.

Al día siguiente, 23 de diciembre, mientras un miliciano de la 116.^a brigada corona la victoria republicana haciendo ondear una bandera en una de las cuatro torres mudéjares, Franco pone en marcha a unos noventa mil soldados nacionales y casi quinientas piezas de artillería hacia Teruel. Pero al igual que Indalecio Prieto, Franco no ignora que la batalla también se libra en las portadas de los medios de comunicación del mundo entero. Todos deben saber que la tan celebrada ofensiva republicana se ha saldado con un sonoro fracaso y que el Ejército nacional es más poderoso que nunca. El 29 de diciembre se instalan en el Gran Hotel de Zaragoza los periodistas extranjeros acreditados ante el bando nacional. Allí tendrán su cuartel general mientras dure la batalla de Teruel. Esa misma tarde, tras su primera visita al frente, Philby envía una crónica a *The Times*.

Después de un intenso bombardeo, las tropas nacionales dejaron atrás Subaranda y se lanzaron contra las posiciones republicanas que defendían la carretera entre Teruel y Celadas. Empezando en un punto entre Caudé y Conclud, las tropas nacionales avanzaron una milla de distancia y tras feroz batalla contra la brigada de Líster han conseguido apoderarse de parte de la carretera.¹⁵

El 30 de diciembre, Philby, Sheepshanks, Neill y los demás tienen la oportunidad de observar el campo de batalla desde un puesto de artillería en la cumbre del Cerro Gordo. El 31 de diciembre las tropas nacionales están avanzado a tal velocidad que la caída de Teruel parece inminente. La Oficina de Prensa y Propaganda decide llevar a los periodistas lo más cerca posible del frente, hasta un pueblo llamado Caudé.

Al abrir la puerta del sedán, Philby se da cuenta de que el norteamericano Neill ha ocupado el lugar del conductor. La parte trasera del coche es demasiado estrecha para su corpa-

chón de metro noventa. Philby le permite quedarse, da la vuelta y entra por el lado de Sheepshanks, quien inclina el asiento y le deja pasar atrás, donde se acomoda en silencio mientras saca del bolsillo una cajetilla de cigarrillos Gauloises y Neill le ofrece un trago de ron.¹⁶

Pocos minutos después, a través de los cristales empañados del vehículo, ven acercarse a Bradish Johnson, un norteamericano que cubre la guerra para *Newsweek* y *Spur*. Aunque a sus veinticuatro años es un poco más joven que Sheepshanks o Philby, Johnson no es popular entre sus compañeros de la prensa: demasiado infantil y superficial para las formas bruscas y directas que se estilan en las redacciones del frente. A pesar de que ha hecho el viaje desde Zaragoza en otro vehículo, Johnson abre la puerta del vehículo y pide permiso para entrar en el sedán. «¡No importa que entres o salgas, pero cierra la maldita puerta!», le espeta Neill. Éste deja su lugar y pasa a la parte de atrás, junto a Philby, mientras que Johnson se sienta delante, al lado de Sheepshanks. La llegada de Johnson provoca un incómodo silencio que éste intenta romper sacando una caja con chokolatinas. La última acción de Johnson antes de morir fue darse media vuelta y ofrecerle los dulces a Philby.

En ese momento se produce una explosión y el coche se llena de humo. El primer pensamiento de Philby es que todo ha sido una broma del norteamericano, que la caja de chokolatinas es uno de esos artefactos que hacen saltar un petardo al ser accionados. Pero al disiparse la bruma, Philby tiene ante sí un espectáculo estremecedor: el rostro de Sheepshanks está destrozado, uno de sus ojos ha saltado de su cuenca; Johnson está totalmente inmóvil, con el cuerpo inclinado sobre la palanca de cambios; el único que todavía parece estar con vida es Neill, pero respira trabajosamente. Philby consigue salir del coche. A unos metros de distancia, localiza a un grupo de soldados refugiados junto a un muro de piedra. «¡Venga, venga, ayuda!», les grita Philby en su precario español. Rápidamente también llegan dos oficiales de la Oficina de Prensa. «¿Qué le ha pasado?», le preguntan a Philby. En ese momento se da cuenta de que su rostro, manos y ropa están cubiertos de san-

gre. «Estoy bien, pero mis compañeros están heridos», les responde. Los oficiales no se dejan convencer: «No, usted también está herido. Acompáñenos. Mis compañeros se ocuparán de todo».

Los soldados y uno de los oficiales de prensa se acercan al vehículo. El capó y las puertas han quedado encarrujadas por el impacto. Al abrir una de éstas, el cuerpo de Johnson se desliza sobre el pavimento. Alguien lo cubre con una manta. A Sheepshanks, vivo pero inconsciente, lo colocan sobre una camilla y lo evacúan. Más trabajo cuesta retirar a Neill, que ha quedado atascado en la parte de atrás del coche con una pierna astillada por la metralla. Pero no pierde el sentido del humor. «Buen trabajo, muchachos. Disculpad que pese tanto y no perdáis de vista mi máquina de escribir, ¿vale?» Philby es conducido a un hospital de campaña donde un joven médico localiza la herida: un pellizco de metralla ha pasado por encima de su cabeza raspando el cuero cabelludo y provocándole una brecha. A pesar de la aparatosidad, no es más que un rasguño. Pero ahora urge evacuar el pueblo, Caudé. Ese primer obús que ha caído junto al coche es el aviso de una contraofensiva republicana. Los oficiales de prensa introducen a los periodistas en los vehículos y organizan la salida del pueblo. Justo en el momento en que lo abandonan, un segundo proyectil impacta cerca de la columna, sobre cinco soldados nacionales, cuyos cuerpos quedan carbonizados.

Mientras los heridos Philby, Neill y Sheepshanks y el cadáver de Johnson son trasladados primero a Santa Eulalia del Campo y después a Zaragoza, en Teruel se hace la calma. El pánico ha cundido entre las tropas republicanas al ver cómo los nacionales hacían ondear la bandera enemiga en la Muela de Teruel. Temiendo quedar ellos mismos atrapados entre dos fuegos, los republicanos inician una desordenada retirada de la ciudad por el puente de Sagunto. Donde antes sólo se escuchaba el ensordecedor ruido provocado por los disparos y las explosiones ahora reina el silencio. Los soldados están demasiado ocupados luchando contra el frío, que esa noche alcanza los veinte grados bajo cero. Algunos mueren durante el sueño y muchos de los

que logran despertar a la mañana siguiente se encuentran con piernas y brazos inútiles para el combate.¹⁷

Los sitiados no pueden creerse que todo haya acabado. La mayoría no se atreve a moverse temiendo una emboscada y prefieren esperar a que las tropas de Franco entren en la ciudad. Algunos devorarán los alimentos y el agua preciosamente guardados durante el sitio. Tendrán tiempo de lamentarlo durante los días siguientes. Sólo un pequeño grupo de unas cuarenta personas, liderados por un fraile dominico, se atreve a salir de su guarida e internarse en las calles, cubiertas de cascos y escombros, hasta que consiguen salir de Teruel y llegar a las líneas nacionales. Serán los únicos que consigan escapar.¹⁸ Esa misma madrugada los republicanos emprenden la contraofensiva con más rabia si cabe. Una semana después, los sitiados que han quedado en la ciudad estarán todos muertos o habrán sido hechos prisioneros.

Al llegar a Zaragoza, la columna de vehículos con los periodistas enfila inmediatamente hacia el hospital de la Cruz Roja. Philby ve cómo sacan a Neill de uno de los automóviles y lo llevan al quirófano. Esa misma noche muere Sheepshanks sin haber llegado a recuperar la conciencia. Unas horas después, Philby visita a Neill en su habitación del hospital. «Te vi salir del coche y ponerte al frente del ejército»,¹⁹ bromea lastimosamente al notar la presencia de su amigo. Philby, que cumplía veintiséis años aquel 1 de enero, no volverá a verlo con vida. Dos días después fallece por la infección de las heridas recibidas.

La muerte de los representantes de tres importantes medios de comunicación tiene un eco inmediato en la prensa internacional. ¿Qué ha ocurrido? Según todos los indicios, uno de los tanques soviéticos T-26 se había adelantado a su línea y disparado un proyectil, seguramente del calibre 12/40, sobre Caudé que impactó a menos de un metro del vehículo por la parte de delante. Johnson recibió el grueso del impacto y reventó en el acto, mientras que Philby, que se encontraba justo detrás, sólo sufrió heridas superficiales. En cualquier caso se trata de un desastre para la Oficina de Prensa y Propaganda del bando nacio-

nal: han mandado a primera línea de fuego a sus mejores plumas de la prensa internacional con objeto de informar de la caída de Teruel y regresan con tres periodistas muertos y uno herido.

La propaganda republicana no deja pasar la ocasión de sacar punta al incidente de Caudé: «Dos periodistas extranjeros muertos y otros dos gravemente heridos por creer que Teruel estaba en poder de los facciosos», titula dos días después el *Abc* de Madrid.²⁰ Al día siguiente los nacionales contraatacan en el boletín de Falange: los tres periodistas son mártires. Han muerto luchando por difundir la verdad y peleando contra las mentiras del bolchevismo:

¡A qué cruento precio saben hoy los grandes periódicos del mundo la verdad de nuestra guerra, sangre que suma a la que nosotros derramamos a torrentes, sangre de Eduardo Neil, de Richard Sheepshanks [Sheepshanks], de Jhonson [Johnson] y de Philips [Philby]! Por ella conjuramos a la opinión mundial que informa los grandes periódicos. Por la sangre de esos camaradas periodistas del mundo, decid la verdad sin temor.²¹

Hasta la transfusión de sangre que Neill recibió pocas horas antes de morir, en un último intento por salvarle de la gangrena que le estaba consumiendo, se convierte en un acto de propaganda. El donante fue Joaquín Borrero, un capellán de Falange, que no sólo dio su sangre para salvar la vida del periodista sino que además estuvo orando junto a su cama, sin desfallecer, durante las largas horas de su agonía. La sangre de los defensores de la fe verdadera en comunión con la de los defensores de la libertad de informar. Todo en un solo cuerpo.

Los cadáveres de los tres fallecidos reciben los honores reservados a los héroes y mártires: son velados en recinto sagrado y conducidos hasta la frontera cubiertos por el palio de la bandera rojigualda. Pero todo esto no es suficiente y pronto a los responsables de la Oficina de Prensa y Propaganda se les ocurre una nueva medida para unir la suerte de los periodistas muertos, y sobre todo del único superviviente, Philby, a la causa nacional.

Dos meses después del incidente en Caudé, el 2 de marzo de 1938, Philby recibe una llamada telefónica en el palacete reconvertido en hotel de Burgos donde se aloja. Es Pablo Merry del Val.²²

—Prepárate para mañana. Franco quiere verte. Te va a condecorar por haber demostrado tu valor en el frente de batalla, ante los comunistas. Le han contado lo que ocurrió en Caudé y quiere animarte a nuevas hazañas.

La cita era al día siguiente al mediodía. Philby baja a la recepción del hotel vestido con su mejor traje pero descubre que no hay nadie esperándole. Ya se plantea volver a su habitación y seguir trabajando, pensando que todo ha sido una broma, cuando desde recepción le comunican que tiene una llamada. Otra vez Merry del Val: se ha producido un retraso pero no debe moverse de allí. Franco le estará esperando a lo largo del día. Finalmente Merry del Val le recoge a las seis de la tarde. Tras un breve trayecto en coche, Philby pronto reconoce la buhardilla con forma de almena que caracteriza el palacio de la Isla, residencia del generalísimo en Burgos.

Tras identificarse en el pabellón de entrada, ante la guardia mora responsable de la protección de Franco, Philby y Merry del Val entran en el edificio cuya cubierta ha sido recientemente reforzada en previsión de ataques aéreos. Les hacen esperar unos minutos en una salita de la planta baja hasta que un oficial del Estado Mayor les anuncia, en voz baja, que el caudillo les está esperando. El oficial les acompaña hasta la entrada de un despacho a cuyo interior se asoman con un silencio reverencial. En el centro de la estancia hay una mesa redonda cubierta de mapas sobre la que se inclinan tres hombres bien entrados en la cuarentena, bajitos, regordetes y vestidos de uniforme. Philby reconoce enseguida al de en medio: es Franco. El oficial de enlace carraspea y enseguida los tres hombres se yerguen y les invitan a pasar mientras se ajustan guerreras y corbatas. Tras saludar, Merry del Val y Philby se colocan a un lado de la habitación mientras hacen lo propio Franco y sus acom-

pañantes. Uno es Francisco Gómez-Jordana, ministro de Asuntos Exteriores, y el otro Fidel Dávila, jefe de estado mayor del Ejército, militares ambos curtidos en las guerras de Marruecos, como el propio Franco. Un ayuda de cámara se acerca a Franco con una cajita de madera: dentro está la cruz roja al mérito militar, la condecoración concedida a Philby. Franco abre la caja, saca la medalla y se planta delante del periodista inglés. No es la primera vez que se encuentran. Desde su llegada a España como corresponsal de *The Times*, en junio del año anterior, Philby ya ha tenido la oportunidad de entrevistarle en un par de ocasiones. En uno de los artículos que publicó a partir de aquellas entrevistas alabó su administración calificándola de «sólida y eficiente».²³ No existe, en cambio, registro de qué opinión tenía Franco de Philby. Posiblemente sólo lo vea como un peón más, aliado a su causa en el complejo juego del poder al que está entregado y del que dependen la vida de millones de personas.

Pero si Franco hubiese aplicado la capacidad de penetración psicológica que durante décadas le permitió inspirar y manipular a miles de personas, es probable que hubiese descubierto puntos en común entre su biografía y la de Philby: ambos descienden de familias con tradición de servicio al Estado; ambos son ciudadanos de países con trayectorias imperiales, una, la de Gran Bretaña, en pleno esplendor, y otra, la de España, en aguda decadencia; ambos han sufrido el trauma de ser abandonados en plena adolescencia por sus progenitores, que rompieron con sus respectivas familias en busca de horizontes más amplios.

Franco clava la aguja de la insignia en la solapa de la chaqueta de Philby. A continuación le felicita mientras estrecha su mano. Un fotógrafo se coloca en una esquina y toma una instantánea. El ayuda de cámara se acerca de nuevo con una carpeta que contiene tres diplomas, uno para cada compañero muerto en Caudé. Franco lee los nombres en voz alta mientras se los entrega a Philby: Edward Neill, Richard Sheepshanks y Bradish Johnson. Finalmente pide a Philby que transmita su más sentido pésame a las familias y amigos de los desaparecidos.²⁴

Tanto Franco como Philby, desprovistos desde la adolescencia de medios y de contactos con los que prosperar pero imbuidos de las ambiciones de poder propias de su clase social, han tenido que aplicar disciplina, constancia, inteligencia y algún que otro codazo a posibles rivales para hacerse un hueco en la competitiva jerarquía a la que aspiran a pertenecer.

Sin embargo, en el caso de Philby hay mucho más. Y ni siquiera Franco, aplicando todo su poder, puede traspasar la máscara bajo la que se oculta. Porque lo cierto es que Philby no es nada de aquello que pretende aparentar: ni es periodista, ni es conservador y, por supuesto, no es simpatizante de Franco. En realidad, Philby es exactamente todo aquello que Franco intenta destruir: un marxista. No sólo un marxista y comunista convencido, sino además un agente de penetración al servicio de la Unión Soviética, reclutado varios años atrás en Londres con el objetivo de infiltrarse en las instituciones y luchar desde dentro contra el fascismo.

Y lo que tampoco sabe Franco es que al imponerle esa condecoración y estrecharle la mano le está abriendo la puerta al mundo y a las instituciones burguesas que Philby se ha propuesto destruir; lo está dotando de una identidad y de una personalidad que hasta entonces no poseía. De ahora en adelante, Philby será «ese periodista inglés que ha sido condecorado en persona por el Generalísimo», y cada vez que visite puestos de avanzadilla y trincheras será tratado con toda clase de deferencias y parabienes por militares y funcionarios españoles al servicio del régimen. Asimismo, los representantes ingleses en España pronto se fijarán en ese periodista británico que mantiene relaciones privilegiadas con los funcionarios del Movimiento. Cuando en febrero de 1939, el Reino Unido reconozca oficialmente al régimen de Franco y envíe su primer embajador a Madrid, el veterano político conservador Samuel Hoare, Philby será una de las primeras personas con las que pida reunirse «para que me cuente las peculiaridades de este país que usted parece conocer mejor que nadie».²⁵ Y dos años después, cuando en 1941 Inglaterra esté embarcada en su propio conflicto contra la Alemania nazi, y la neutral España pase a ser uno de

los principales focos de actividad del espionaje europeo, Philby será reclutado por la inteligencia militar de su país, el legendario MI6, para ampliar la sección V, cuyo campo de acción es precisamente esa región que él conoce tan bien y donde ha desarrollado tan fructíferos contactos: la península ibérica.²⁶

Esa condecoración y ese reconocimiento de Franco serán los pilares sobre los que Kim Philby construirá meticulosamente una carrera que le permitirá penetrar y dinamitar por dentro, años después, en plena guerra fría y al servicio de la Unión Soviética, los principales servicios de inteligencia de Occidente: el MI6 británico, considerado hasta entonces el mejor servicio secreto del mundo, el FBI norteamericano o la incipiente CIA.

Tras entregar los diplomas a Philby, Franco termina la breve ceremonia haciendo una declaración política:

—La guerra está ganada. La victoria en Teruel ha sido una demostración de la superioridad tecnológica, militar y material del ejército nacional. Los rojos han sido derrotados en un terreno que ellos mismos habían escogido y en el que habían acumulado todos los hombres y materiales a su disposición. Nuestro único problema ahora consiste en gestionar los frutos de esta victoria.²⁷

Tras pronunciar estas palabras, Franco y sus acompañantes vuelven a estrechar la mano de Philby y de Merry del Val, despidiéndose.

Antes de que hayan salido de la habitación, Franco ya ha vuelto a inclinarse sobre los mapas desplegados encima de la mesa. No sólo está lejos de sospechar la identidad clandestina del joven británico al que acaba de condecorar sino sobre todo la misión que le ha traído hasta España, meses atrás, por instrucción directa del líder de la Unión Soviética, Iósif Stalin. Las órdenes que ha recibido Philby son claras: matar a Franco y acabar con su incipiente régimen.